



Beato Carlos de Foucauld

Carlos de Foucauld nació en Estrasburgo el 15 de septiembre de 1858 en una familia noble siendo bautizado dos días después. Huérfano de padre y madre a la edad de seis años, permaneció con su hermana bajo la tutela de su abuelo el coronel de Morlet. Su infancia fue triste y desgraciada: pronto se revelaron en él rasgos de impaciencia. Empezó sus estudios en Estrasburgo, y desde 1871 en el instituto de Nancy, y un año más tarde hizo la Primera Comuni3n. En el instituto había profesores eminentes, pero neutros. De naturaleza inquieta y ardiente, falto de direcci3n, su juventud fue extremadamente disoluta. Perdi3 la fe a los 16 a3os y permaneci3 en estado de indiferencia durante m3s de doce. Al llegar a la mayor3a de edad entr3 en posesi3n de una rica herencia, que dilapid3 con su vida licenciosa.

En 1878, ingres3 en la escuela militar de Saint-Cyr y ya subteniente march3 a 3frica, participando en una expedici3n a Argelia. En 1882 solicit3 licencia para emprender un viaje hacia el sur,

y estudiar a los árabes; no le concedieron el permiso y pidió la licencia absoluta. Después de una larga preparación, realizó el viaje por Marruecos, disfrazado de rabino judío. En 11 meses recorrió casi 3.000 Km., en su mayor parte por terreno desconocido que él mismo determinó, lo que le valió un premio de la Sociedad de Geografía. El relato de sus viajes y los datos recogidos fue publicado en su obra «Reconnaissance du Maroc» (1883-1884). Empezó en este tiempo un cambio muy serio en su vida. La vida tan dura de esos once meses, le ayudó a purificarse. El contacto con la soledad del desierto y la fe de los musulmanes le impactaron y le hicieron pensar: «la visión de esta fe, de estas almas viviendo en continua presencia de Dios, me ha hecho entrever algo más grande y más verdadero que las ocupaciones mundanas». En este contexto llegó a escribir: «Quiero acostumar a todos los habitantes, cristianos, musulmanes, judíos, a mirarme como a un hermano. Empiezan a llamar a mi casa la fraternidad y eso me gusta». Su inquietud religiosa no le dejaba en paz. Leía mucho, reflexionaba, rezaba a su manera. La discreta influencia de su familia, especialmente de su prima, la señora de Bondy, y la del padre Huvelin (que se convertirá en su director espiritual), secundando la acción de la gracia, le llevaron a la conversión. «Dios mío, si existís, haced que os conozca». Fue la oración de Carlos de Foucauld en el otoño de 1886. «Me encontré con personas muy inteligentes, muy virtuosas y muy cristianas y me dije que tal vez esta religión no era absurda. Al mismo tiempo una gracia interior, extremadamente fuerte me empujaba». Decidió seguir unas catequesis sobre la religión católica para ver «si se podía creer lo que se dice». Acerca del padre Huvelin escribió: «Yo pedía lecciones de religión: él me hizo poner de rodillas y me hizo confesar, y me envió a comulgar a continuación». Fue el choque y el encuentro. Buscaba ideas, un conocimiento, y encontró a Alguien, cerca de él. Este acontecimiento marcará toda su vida: en la experiencia del perdón dado en nombre de Jesús, encontró a Dios, Padre misericordioso, que busca al pecador para decirle «te amo»; en la experiencia de la comunión en el cuerpo de Jesús, encontró a Dios presente, que le hace compartir su vida, el Dios que salva, que le pone en camino. Su respuesta fue inmediata: «Tan pronto como comprendí que había un Dios, me di cuenta que no podía vivir más que para Él». Era la alegría llena del reconocimiento por ese Dios que nos busca y por Jesús, que nos amó hasta el final. Y para manifestar su amor,

Carlos se dio espontáneamente a partir de entonces a un doble objetivo: búsqueda de vivir en presencia de Jesús (sabrán encontrar los lugares en los que Jesús está presente: la Eucaristía, el Evangelio y los pobres), búsqueda de vivir este amor loco de Dios por los hombres, y «trabajo por la salvación de los hombres» con Jesús, tomando sus mismos caminos.

El itinerario de Carlos de Foucauld podrá parecer tortuoso y lleno de contradicciones. Está guiado por ese gran deseo de estar con Jesús y de seguirle en su misión de salvación: «no puede concebir el amor sin una necesidad, una necesidad imperiosa de conformidad, de semejanza y sobre todo de compartir todas las penas, todas las dificultades, todas las durezas de la vida». Es sencillo: hay que mirar a Jesús en el evangelio y poner sus pasos en los de Jesús. Carlos abre, pues, el Evangelio: «Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único». Para gritarnos su amor, Dios se ha hecho uno de nosotros, accesible. Porque quiere salvarnos, es decir, darnos su vida Dios se ha hecho «servidor», «hermano», «amigo», estas son las palabras que Carlos encuentra en boca de Jesús. Humildad increíble de un Dios que ofrece su amistad y espera como un mendigo la respuesta. Carlos de Foucauld se deslumbró. La lógica de la fe, en el amor, le llevó a emprender, con la ayuda de su director, la búsqueda de un modo de vida de imitación de Jesús.

En diciembre de 1888 fue en peregrinación a Tierra Santa. Este viaje lo confirmó cada vez más en el propósito de vivir imitando a Jesús en su pobreza. Allí descubrió el misterio de Nazaret, la vida oculta de Jesús, que será el modelo de vida religiosa que seguirá. En enero de 1890 entró en la Trapa de Ntra. Sra. de las Nieves. Poco después pidió ser enviado al priorato de Akbes en Siria, una fundación muy pobre donde pasó seis años. Insatisfecho aún, buscó una más auténtica vida de Nazaret. Expuso sus inquietudes a sus superiores que le enviaron a Roma para estudiar teología en el Colegio Romano (octubre 1896). A punto de hacer su profesión perpetua, el padre general de la Trapa aprobó su vocación de vida oculta y lo dispensó de los votos. Una vez fuera de la Trapa, hizo votos privados de castidad y pobreza absoluta trasladándose a Tierra Santa. Como criado de las Clarisas de Nazaret, viviendo en una caseta del huerto, se entregó completamente a la contemplación y a la pobreza. Allí trabajó en la redacción de la regla de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús. En 1900 intentó, sin

éxito, establecerse en el monte de las Bienaventuranzas como ermitaño. Y poco después viajó a Francia para ordenarse sacerdote, evento que tuvo lugar el 9 de julio de 1901 en Viviers. Después de su ordenación sacerdotal, pensó establecerse en Marruecos, pero ante la imposibilidad de hacerlo se estableció en Beni-Abbés, al sur de Argelia, cerca de la frontera; su primera misa allí fue el 30 de octubre de 1901. En su instalación en Beni-Abbés, así como en los sucesivos recorridos por el desierto «en busca de los más abandonados», le será de gran utilidad la amistad de muchos oficiales franceses, antiguos compañeros de su época militar. En Beni-Abbés vivió su vocación de Vida de Nazaret, oculta y pobre, al servicio de los hombres. Pasaba largas horas en adoración de la Eucaristía, trabajaba en la redacción de los diversos proyectos de fundación, vivía como hermano de todos, acogiendo a pobres y enfermos sin distinción de raza o religión. Esta vocación de «Hermano Universal» es un aspecto importante de su espiritualidad: una llamada a encarnar el amor y el servicio entre los más humildes y abandonados, a través de la amistad y el testimonio silencioso. Este amor, llevado a sus últimas consecuencias, le exigía compartir la condición social de los más pobres, el trabajo manual, el servicio incondicional. Atraído por el deseo de ponerse en contacto con las tribus Tuareg, a las que decide dedicarse, en 1905 se establece en Tamanrasset, en el Ahaggar, en pleno corazón del Sahara. Allí llevó la misma vida que en Beni-Abbés. Para preparar el camino a los futuros misioneros, llevó a cabo, a lo largo de once años, una enorme tarea lingüística, de gran calidad científica, sin abandonar su vida de contemplación y de servicio. Su caridad conquistó el corazón de todos, siendo consejero y amigo de los oficiales franceses y de los tuareg y su «amenokal» Moussa Ag Amastane, al mismo tiempo. Se puso al servicio de todos, especialmente de los pobres, con todas sus capacidades y de todo corazón, creando así una nueva manera de presencia de Evangelio en un medio no cristiano. Los escritos que se conservan no estaban en principio destinados a la publicación. Son apuntes espirituales totalmente impregnados de espíritu contemplativo y de amor a Cristo: meditaciones sobre el Evangelio, páginas de su diario, proyectos de fundaciones, apuntes de retiros, notas diversas sobre los tuareg. Especialmente importantes son sus cartas de las que escribió miles. Su influencia espiritual no ha cesado de crecer. Su ideal de imitar lo más exactamente posible la vida y las actitudes de Jesús «la

imitación es la medida del amor», nos trae la frescura de un Evangelio vivido radicalmente, centrado en el «misterio de Nazaret». Su amor a Cristo «muy Amado hermano y Señor Jesús», lleno de ternura, le lleva a la contemplación, la adoración silenciosa de la presencia eucarística, herencia preciosa de las Familias que se inspiran en él. Consecuencia de dicho amor es el deseo de imitación de la pobreza, del sufrimiento del abajamiento de Cristo. Además de muchos intentos, sin éxito, para encontrar compañeros, realizó tres viajes a Francia con el fin de poner en marcha una Asociación de laicos con propósitos misioneros. A pesar de todos sus esfuerzos e iniciativas siempre estuvo solo. La guerra de 1914 dejó de sentir su influencia en el Sahara. Los partidismos de las distintas tribus por las diversas potencias dominantes, influyen en las circunstancias de la muerte del hermano Carlos, así como el hecho de ser extranjero y cristiano. El 1 de diciembre de 1916, traicionado por uno de los que él había ayudado, fue apresado y maniatado por una banda de senusistas. Mientras se dedicaban al saqueo, un muchacho le vigilaba, y nervioso al creer que llegaban soldados, le dio muerte de un disparo en la cabeza. Su cuerpo quedó en la arena del desierto como un grano de trigo que muere para dar fruto. Fue beatificado el 13 de noviembre de 2005.

De sus escritos . . .



«Para recibir la gracia de Dios es preciso vivir algún tiempo en el desierto: aquí es donde uno se vacía, se desembaraza de todo aquello que no es Dios, se libera completamente la habitación de nuestra alma para dejar el sitio sólo a Dios. Los hebreos pasaron por el desierto; Moisés vivió en él antes de ser encargado de su misión; San Pablo, San Juan Crisóstomo, también fueron preparados en el desierto... Es un tiempo de gracia, una condición por la cual el alma que quiera dar fruto debe pasar necesariamente. Es preciso este silencio, este olvido de todo lo creado, pues en él Dios edifica su eremitorio y crea el espíritu interior... Subid todavía más arriba: mirad a San Juan Bautista, a nuestro Señor mismo. El no tenía necesidad; sin embargo quiso darnos ejemplo...»

